

A muchos niños les gustaría tener un animalito en casa y llevarlo, de vez en cuando, a la escuela

«La infancia se termina, tal vez, cuando se descubre que la vida no es un juego perpetuo» Gussdorf

Muchos niños han traído consigo de la aldea o de su viaje de verano un pequeño animalito para vivir con ellos en casa. Por otra parte, las activas clases de ciencias de las escuelas fomentan el desarrollo y cuidado exquisito de muchos pequeños animales. Pero, aparte el respeto imprescindible a la conservación de diversas especies apetecibles y que ineludiblemente deben mantenerse en su hábitat natural, no siempre los adultos aceptan con facilidad el convivir con perros, gatos, jaulas y criaderos que no encuentran en el piso su mejor vivienda. Sin embargo, no cabe duda que el animal puede significar algo muy importante en la vida del niño. El animal es un amigo, siempre dispuesto a responder, a escuchar, a jugar con él. Y, si se siente querido, es capaz de demostrar una paciencia y disponibilidad sin límites.

Los animales se mueren en casa

El animal doméstico, compañero de juegos y alegrías del niño, es también a veces la primera ocasión que éste tiene de enfrentarse a la muerte. El conejo puede comer una hierba venenosa; el gato puede quedar aplastado bajo las ruedas de un coche, y el pcecito rojo puede resultar demasiado tragón. Los padres, a veces, no tienen valor para hablarle al niño de la realidad de la muerte, pues éste espera un milagro y los cree eternos.

Un ejemplo: Una madre llama desesperadamente a la profesora de su hija: «Señorita, ¿qué debo hacer? Mi hija va a volver del colegio y antes de marchar me suplicó que le curase a su pcecito rojo, que está en la pecera con el viento para arriba». Tampoco la madre había sido capaz de decir directamente... que curase a su pcecito, que ha muerto.



Y TAMBIÉN EN LA ESCUELA

En las clases de párvulos, a veces, se tienen animalitos. Y, también a veces, se mueren. Esta muerte es muy importante, porque muchos niños nunca la han experimentado como un hecho real, natural; sólo la han visto en TV, y casi siempre como un acto de violencia. La muerte de un animal por causas naturales es una oportunidad para que el niño experimente un acontecimiento muy importante y significativo en la vida de todos los seres. La muerte de un animal doméstico puede ser la única experiencia del niño respecto a la muerte, antes de tener que enfrentarse con la penitida más dolorosa de abuelos o parientes cercanos.

«Una mañana —cuenta una profesora de párvulos— caímos en la cuenta de que había muerto uno de nuestros dos conejos, que habían convivido con nosotros durante cuatro años. Estaba muy quieto, tirado en el suelo de la jaula. Todavía estaba caliente, pero muerto. Inmediatamente, con instinto pedagógico, pensamos que había que tratar abiertamente este tema ante los niños. Pusimos al conejo en una caja de cartón y lo llevamos

al jardín, dispuestos a tratar el asunto con los padres y los niños. Les fuimos contando lo sucedido, a medida que llegaban. A los niños les dijimos que podían mirar al animal muerto, para que apreciaran la diferencia entre un ser muerto y un ser vivo.»

«Todos fueron a mirar y se entabló una discusión muy intensa entre los niños y los adultos. Todo el mundo tenía algo interesante que decir, y compartimos mutuamente la experiencia. Después cavamos un agujero en el jardín y lo enterramos. Los niños asistieron al «funeral» y cada uno puso una palada de tierra en la tumba. Durante varios días, en sus juegos, se reflejaron sus intereses y preocupaciones; simultáneamente, trataban de enterrar también a sus compañeros y a otros animales.»

«En los días siguientes, pronto nos dimos cuenta de que, alrededor de la tumba había continuamente un grupito de niños afligidos. Respetando sus tiernos sentimientos, nos acercamos allí y pudimos comprobar que habían desenterrado al conejo, para ver si se había despertado. A pesar de nuestra insistencia, diciéndoles que la muerte era para siempre,

tuvimos que vigilar la tumba con frecuencia. Dos meses más tarde, todavía preguntaba un niño: «¿sigue durmiendo el conejito, o se ha despertado?»

EL ANIMAL. ¿FORMA PARTE DEL NIÑO?

El animal —real o ficticio— puede convertirse en algo sagrado para el niño. Intimamente ligado a su universo personal, forma parte de él mismo. Por eso, la influencia de los padres sobre el juguete o el animal amado puede causarle al niño una herida muy profunda, una especie de violación de sus derechos. Tirar una muñeca vieja, decir que tal animal es molesto y que jamás volverá a entrar en la casa son actos que corren el riesgo de hacerle daño en lo más profundo de sus sentimientos. Un padre había hecho desaparecer al perro de la familia, en vísperas de las vacaciones. Su hijo, un niño de doce años, le cogió un odio inextinguible: «Yo detesto a mi padre», decía. En este amor del niño hacia el oso, la muñeca o el animal viviente, se entraza la fidelidad, que nace de la historia vivida entre los dos y que se teje con el hilo de los recuerdos.

Un adulto nos recordaba, hace poco, la muerte de su perro, de su confidente querido: «Era un animalito maravilloso, que me consolaba tan sólo con mirarlo. Yo tenía doce años cuando murió y tuve una pena tan grande que aún me dura. Lo enterramos en el jardín y yo iba allí diariamente a ponerle flores. Pienso todavía en él cuando veo algún perro por la calle».

El animal equilibrio del niño

Psiquiatras y pediatras están hoy de acuerdo en declarar que el animal es imprescindible para el equilibrio del niño. Por eso, cuando se trata de adquirir uno y añadirlo a la familia, hay que reflexionar antes mucho de por qué se hace. Presentado como una terapéutica, para calmar por ejemplo a un niño que se siente agresivo, el animal en el hogar sería contraproducente. Es lo opuesto al respeto, a la comunicación y a la ternura que debe presidir los contactos entre todos los seres vivos. Entregar un animal a un niño que lo provoca, lo olvida o lo hace rabiar, sería una imprudencia: no tan sólo por el pobre bicho, que sufriría las consecuencias, sino también por el niño, cuya tendencia a la crueldad, al dominio y a la indiferencia ante el sufrimiento ajeno se irán acentuando al ejercitarse sobre una criatura que está bajo su dominio.

Un niño que tiene problemas importantes de relación y de aceptación de sí mismo no siempre queda satisfecho con la posesión de un animal, a no ser que un sentimiento íntimo lo empuje hacia ese refugio. Allí encontrará esa comunicación sentimental que desea, y que encuentra bloqueada con sus semejantes. Si no manifiesta esa tendencia, se le puede orientar suavemente hacia ella; pero, si esto no funciona, sería mejor renunciar a entregarle una pobre criatura sensible, ya que los resultados serían muy tristes. Estos errores se liquidan con un nuevo fracaso para el niño, al que se le añade el abandono o la muerte sufrida por el animal.

PROBLEMAS EN CASA

Sin embargo, ya se sabe. La presencia de animales en el hogar siempre es causa de problemas. Esta presencia no será enriquecedora a no ser que se acepte lo que ello acarrea consigo. El animal necesita atenciones y cuidados cotidianos que no se pueden abandonar, por muy pesados que resulten y por muy agradables que sean las vacaciones. Si se alimenta mal, si se le deja en la soledad o sin beber el animal se siente inquieto, nervioso, menos atractivo, enfermo. Se convierte en un tormento.

LAS JAULAS

Algunos animalitos no deben vivir en jaulas. Si se les cuida bien, un cobayo o un conejo pueden vivir 7 ó 10 años. Si se les descuida, pueden desaparecer en unos meses. Esto les viene muy bien a los vendedores; pero es muy malo para los niños, que destruyen la vida de seres inocentes. Por eso, es mejor abstenerse de tener animales si no se dispone de un metro o medio metro cuadrado de terreno para ofrecerle. Este rincón se debe preparar con esmero. Puede habilitarse una caja-madriguera donde el animal entre para dormir, debe ser llano, con tierra y paja, para que haga allí sus necesidades. Así se construye una pequeña zona natural de la que el niño debe sentirse responsable.

El animal, el niño y lo mágico

Julián, un niño de 11 años, tiene un conejo al que adora. Este conejo, en un momento de descuido, es perseguido por el perro. Y el niño le asegura a su padre, poco después:



«Yo le oí gritar: 'Juliana, ¡socorro!' y entonces corrí tras el perro y el conejo saltó a mis brazos. Gracias a Dios, había llegado a tiempo».

Otro niño me contaba cómo al diseccionar un ratón brotaba el alma de su cuerpo: salgo muy blanco y muy brillante».

La vida no es un juego perpetuo

Algunos niños, después de la destrucción de un juguete muy querido, no lo quieren reemplazar. Una de las características del juguete es su duración y casi siempre —cuando el niño se ha convertido en adulto—, el oso y la muñeca siguen estando allí. El animal vivo, por el contrario, introduce la muerte en la vida del niño, y el final de un afecto poderoso. Es ahí, al suceder eso, cuando termina el juego y la infancia.

Los animales adivinan lo que decimos

Al niño se le debe explicar que su compañero es un pequeño ser de la naturaleza, que es capaz de sentirse alegre, de conversar y de trabajar una gran amistad, ya que todos los animales tienen un lenguaje propio, adivinan lo que decimos y conocen muchas de nuestras palabras y gestos. Pero hay que decirle, también, al niño que este pequeño ser es capaz de llorar, de sufrir y de morir, si se le olvida y no se es amable con él.



RESULTADOS DE UNA ENCUESTA

Perros, gatos, caballos y conejos son los animales preferidos por los niños

Entre los animales preferidos de los niños sobresalen los perros, los gatos, los caballos y los conejos, por este orden. Luego siguen los delfines, los hamsters, los lobos, los leones, las panteras, los camuflados, los osos panda, los guepardos y los poneyes. Entre las razones que dan para esas preferencias destacan las de la suavidad de la piel, su colorido, la gracia, la limpieza y la fuerza del animal. El color que prefieren en la piel del animal es el negro, el blanco, los marrones claros, el beige y el amarillo. Muchos querían tener un perro pastor alemán, o bien un cocker, un doberman, un foxterrier o un setter irlandés. Ningún niño ha señalado a un reptil como un animal preferido, e incluso algunos los excluyen terminantemente.

1. ¿Cuáles son los animales que te gustaría tener?

—Me gustaría tener un hipopótamo, por

que es un animal grande, recordare y con cara de simpático. Yo soy travieso y, como ese animal también me lo parece, por eso me gusta. Si me diera a elegir, lo preferiría gris, con lunarecitos rosa por el costado» (Angela, 10 años).

—A mí me gustan las hormigas y, si en mi casa hubiera un sitio adecuado para tenerlas, las cuidaría mucho. También me gustan los murciélagos y las gaviotas» (George, 11 años).

—A mí me gustaría tener una ardilla marrón con una larga cola llena de pelus. Un caballo castaño brillante con las crines y la cola marrón. Un poney marrón y blanco. Un loro verde y gris. Un cone blanco y otro negro; un pavo negro, otro blanco y el último amarillo. Un gato romano, un perro sin raza o pastor alemán, un ratoncito de laboratorio y muchos otros... porque me chiflano» (Laura, 10 años).

2. ¿Cuáles son los animales de cuentos que más te impresionan?

Un tanto por ciento muy elevado responde que Fúfur, el dragón de la suerte de «La Historia Intempestiva». Y les ha impresionado por su bondad, por su blancura, porque es muy grande, porque resulta simpatiquísimo y divertido. A otros les impresionan las tortugas gigantes. Le siguen los Gremios, pero muchos especifican que el que más les gusta es Gizmo, el gremio bueno de la película. Sigue luego E.T., al que consideran un animal. A continuación vienen los dinosaurios, los reptiles de la serie «V», Bamby, Mitú, el perro de Tin-Tin, Dumbo, Mickey Mouse, Chita, la tina de Tarzán, el pato Donald.

—A mí me ha impresionado el «Conterro-cero» de «La Historia Intempestiva», que es

